

**CLASES DE CEREBRO Y CORAZÓN** 

En nuestro cole hay espacio para bucear en los confines donde no alcanza el curriculum. Es un proyecto precioso que nos insufla de amor todos los viernes a última hora y todos los huecos que nos inventamos para hacerle sitio al núcleo de la vida: la convivencia.

Los rituales son importantes. Una carta, un buzón, una llamada a las criaturas interesadas y, por tanto, implicadas. Implicar conlleva estar dentro, tanto de un conflicto, como de su abordaje. Implicarse es, siempre, una valentía.

Primero firman una carta de compromiso donde se dice un sí quiero que convoca estas palabras lejos de las tradiciones manidas que sólo le dan un significado. Contacto con la polisemia simbólica.

Después hay un turno sagrado. Nadie interrumpe, nadie juzga. Escucha. Minuto de gloria. Otra vez palabras que no sólo son propiedad de la liturgia. Riqueza de nuestra lengua.

En este momento, si la delicadeza del instante lo permite, hablamos de cómo funcionamos, de nuestra capacidad de empatía y también de cómo hay heridas que nos dejan un mutismo que no es posible salvar en algunas circunstancias. Explicamos que existen momentos idóneos para la palabra y otros que requieren el desahogo. Nos ubicamos. Proponemos múltiples formas de comunicar lo interno. Son los contenidos de las clases de cerebro y corazón.

Hay criaturas que, abierta esta ventana, dibujan lo que sienten y se lo entregan a su amigo o amiga que ahora está lejos porque hay dolor. Otras veces optan por la palabra escrita. Miramos con atención ese lápiz que va dibujando letras que conforman peticiones de perdón y declaraciones de amistad profunda. Hay una magia indescriptible en esos momentos de rotundo silencio mientras se está nombrando tanto.

A veces se escapa alguna lágrima, pura emoción. Encuentran la forma de resolver su conflicto.

Finalizamos con una sorpresa, algo dulce para brindar por la valentía, por la elección del camino de la mediación.

Me maravilla la capacidad de abrir sus corazones mientras su cabeza y su corazón van danzando por una senda que culmina en un encuentro. Si no hay encuentro, siempre se recuerda que hay apertura. Las puertas de Pacificus siempre están abiertas. Sólo hay que dar el primer paso: la palabra.

Mar Celadas